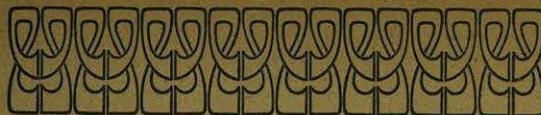


de los probes? ¡Pues ér, Chamiso, el hombre más desalmao que nasió e madre!... Luego... ¡lo justo e que tú viva y que ér muera! Pero esa justisia... ¿quién la jará, si tú no eres naide y ér lo é to en er pueblo y en Seviya y jasta con los que mandan en Madri? ¡Pues esa justisia la jarás tú, y Dios, que ve tu rasón, te perdonará!...» Y como lo jusgué y le salió *sentensia e muerte...*, ¡jise justisia..., y ¡le maté! Pero... ¡dende que le maté se me murió á mí el arma en el cuerpo, la tranquilidad de mi consiensia de hombre honrao!

Y la noble cabeza de Juan Romero se dobló como herida por invisible golpe de muerte. Una exclamación intranscribible exhalóse del público; una voz colectiva, mitad protesta, mitad gemido, que afirmaba inocencia y suplicaba perdón.

El Jurado se retiró á deliberar. La multitud callaba; pero en la conciencia de todos estaba la absolución de Juan Romero...

¡Y acertó la conciencia!



LOS ALTOS JUICIOS DE DIOS

I

—En la villa de Madrid, corte de las Españas—contábame en mi niñez Julián, el veterano ochentón que arrullaba mi sueño con relatos inverosímiles de encantamientos, duendes y apariciones, mezclados con reminiscencias de las lecturas místicas de sus devotas vejeces—, había un piadoso mancebo, huérfano y solo casi desde la niñez, á quien sus padres dejaron la más rica herencia dejándole arraigada en el corazón la fe cristiana y el santo temor de Dios. Vivía, pues, Marcelo—así se llamaba—consagrado en cuerpo y alma al bien, y el tiempo que no le ocupaba el trabajo de que se mantenía—era de oficio platero, y cincelaba maravillosamente cruces, cálices y custodias para el divino culto—, dedicábalo á socorrer pobres y visitar hospitales, ó á permanecer horas y horas en la iglesia, de rodillas, em-

bebecido y como arrobado y traspuesto en una oración perpetua, en la cual, más que suplicar como rendida y pecadora aquella alma pura, conversaba íntima y amorosamente con su Dios, en quien el huérfano buscaba desde niño el calor, arrimo y confianza que con sus padres le faltaron. Acogía el Señor misericordiosamente las confidencias, súplicas y aun importunaciones de su siervo, y hasta se dignaba regalarle con celestiales favores, mostrándole algunas vislumbres de aquella increada luz, un rayo de la cual bastaría á cegar nuestros ojos terrenos. Así, más de una vez aconteció hallar á Marcelo exánime y como difunto sobre las frías losas de la iglesia: que no resistió sin quebrantarse nuestro frágil barro la impresión de lo sobrenatural y el soplo de lo infinito.

Pero como rara vez los hombres saben usar comedidamente de los favores divinos, sucedió que Marcelo, en fuerza de comunicarse con Dios, llegó á adquirir con Él cierta familiaridad peligrosa, y, lo que fué peor mil veces, llevado de generoso impulso, pero sujeto á nuestra ceguera y pequeñez mundana, osó—candorosamente, y sin tener conciencia de su sacrilega audacia—nada menos que juzgar según su pobre criterio humano los altos é inescrutables designios de la Providencia. Y aun incurrió en mayor, pecado, puesto que, no comprendiendo cómo Dios todo justicia y misericordia, consentía que el vicio ó la iniquidad, la crueldad ó la injusticia prevaleciesen en la tierra, que triunfase el malo, sucum-

quiera el débil, muriese el justo, útil y benéfico, y viviera el vicioso, criminal y dañino, atrevióse, con atrevimiento inocentemente satánico, á pedir al Señor cuenta de sus fallos supremos.

Y lo más peligroso de esa tentación con que el Demonio se iba insinuando en aquella alma beata, era que la infernal sugestión estaba hecha de virtud, y, siendo acto de soberbia y rebeldía, tomaba apariencias de justicia y caridad. Porque lo que perturbaba el espíritu de Marcelo y amotinaba sus potencias no era sino deseo generoso del bien, amor á sus prójimos, ansia de justicia; sólo que Marcelo olvidaba que éstas, como todas las virtudes, al desasirse de Dios y osar juzgarle, conviértense en horrendos pecados.

Pero, siendo tan grande su confianza en la Providencia, no comprendía que en mundo gobernado por ella pudiera existir, ni menos dominar, el mal, y, reduciendo lo temporal y lo eterno á la medida de su limitado entendimiento, empeñábase en que las cosas sucediesen forzosamente como su inteligencia las comprendía ó como su corazón las deseaba.

Lo malo era que, si no las más, gran parte de las cosas que en este mundo veía, parecían hechas para acrecentar sus confusiones y provocar sus protestas sacrílegas.

II

Había en el mercado donde Marcelo diariamente compraba, dos tiendas y dos hombres rivales, cuya comparación de continuo le confundía y encolerizaba.

Éranse dos carniceros tan opuestos en todo como la luz y las tinieblas. Santiago, el más joven de los dos, un mocetón alto, grueso, coloradote, cerrado de barbas y entrecejo, duro de voluntad, y tan grosero y mal hablado, que su boca era caño de blasfemias é inmundicias, que repugnaban aun á los más temerones y ahigadados. Peor aun que las palabras tenía la condición, tan irritable y fiera, que al que osaba regatear en los precios ó contradecirle en una palabra, por toda contestación tirábale una pesa ó amenazaba con arrojarle á la cara el enorme cuchillo carnicero.

Matías, su vecino, era, por el contrario, bajo, delgadito, amarillo como cera, callado, prudente, mansísimo y tan piadoso que no llegaba parroquiano á su tienda á quien no saludase cristianamente con «¡Dios le guardel!» ó «¡Ave María Purísima!»

Pero lo increíble é irritante de aquel caso era que la tienda, la clientela y el dinero de Santiago

crecían como espuma, mientras que la tienda, la clientela y el dinero de Matías menguaban y se consumían diariamente; hasta el punto de que el piadoso y devoto carnicero vióse arruinado y en la calle, y el iracundo y blasfemo, que una por una fué adquiriendo las casas contiguas, acabó por hacerse dueño de la de Matías y convertirse en rico y poderoso.

—¿Es esto justo, Señor?—preguntaba Marcelo á Dios, interpeándole como si se tratase de un igual suyo—. ¿Y Tú, que eres la suprema Justicia, consientes que el piadoso se arruine y desespere, y que el energúmeno y blasfemo se engrandezca? ¿No has dicho que humillarás á los soberbios y exaltarás á los humildes? ¿Así lo cumples? ¿No ves, Señor, que con tan pernicioso ejemplo tus enemigos se crecen y tus siervos se abaten y desmayan?

Y el Señor, que podía aniquilar á Marcelo con un soplo de su divina boca, miraba al fondo de aquel corazón, y al verle encendido en celo y caridad, compadeciase de su siervo y se llenaba de misericordia.

Pero como el triunfo de los malos—siquiera temporal y aparente—, el martirio y humillación de los buenos, la muerte prematura de los justos y la insultante longevidad de los pecadores fuese espectáculo ofrecido constantemente por la vida á los ojos de Marcelo, continuas eran también sus protestas contra la Providencia, y asustaba el ver cómo la rebeldía íbase apoderando de aquella alma, hasta convertirse en su perpetuo ser y estado.

No se crea por esto que la piedad de Marcelo decrecía; al contrario: Marcelo amaba y reverenciaba á Dios con todo el encendido fervor de su espíritu, vivía en constante incendio y raptó de amor divino, y, llevado de aquel su ímpetu fervoroso, hablaba candorosamente al Amado, le aconsejaba y advertía como hubiese hecho con otra criatura mortal. Pero en esto precisamente estaba el gravísimo riesgo que corría aquella alma sencilla, y por eso el Señor de las misericordias resolvió acudir en su auxilio.

III

En aquel tiempo, y en la propia casa de Marcelo, se consumó una de las que él tenía por inexplicables injusticias de la Providencia. Juana, la piadosa y devotísima Juana, dechado de virtudes y espejo de esposas y madres, habíase quedado en su juventud viuda y cargada con el peso del sostenimiento y educación de cinco hijos varones, á todos los cuales había ido sacando adelante á costa de increíbles trabajos y penalidades. Los cuatro mayores eran buenos y sumisos; pero el menor parecía abortado por los infiernos y poseído de todos los demonios, según le dominaban los vicios más asquerosos y los furores y crueldades más inhumanos, de que era la primera víctima

su resignada y santa madre. Maltratábala odiosamente de palabra y de obra, y más de una vez arrastróla de los cabellos y estuvo á punto de ahogarla. Para colmo de dolor, había perdido la desolada madre á sus tres hijos mayores, amparo de su vida y esperanza de su vejez; y quiso también su desventura que el cuarto, el mejor, el más piadoso y amante de todos, enfermara de gravedad y fuese brutalmente maltratado por el Caín de la familia, á quien dolía el dinero invertido en las medicinas y amargaban los cuidados que se prodigaban al enfermo. Y como si todo esto fuera poco, ensañóse la desgracia con Juana arrebatándole al hijo bueno y misericordioso y dejándola en poder del vicioso y desalmado, que osaba poner en ella la mano sacrílega.

Cuando Marcelo, desde la ventana de su cuarto, veía el cadáver del hijo de la viuda y escuchaba los gritos desgarradores de la madre, clamaba llorando del fondo de su corazón:

—¡Dios y Señor mío! ¿Es esto justo? ¿Y eres Tú, Padre de los misericordiosos, el que ha podido arrebatarse á esa santa mujer el hijo virtuoso, y dejarla entregada á los furores del malvado! Pero ¿eres Tú, Señor, el que desampara á los desvalidos y ayuda á los tiranos y soberbios!

Y como si se asustara de sus propias palabras, Marcelo tuvo un raptó de arrepentimiento y, prosternándose con la faz contra la tierra, clamó anegado en lágrimas, entregándose rendidamente en las manos de Dios:

—¡Señor, acude á mí en la tribulación, no desampares á tu siervo!

Y el Dios de los humildes, compadecido de aquella alma llena de candor y caridad, en vez de confundir con un rayo la audacia de humano reptil con que osaba escrutar sus designios, resolvió, como Buen Pastor, correr tras la descarriada oveja y volverla amoroso á los caminos de la vida.

IV

Postrado como estaba, sintió Marcelo el leve peso de una mano blandísima que se posaba en su hombro; alzó la vista, y vió ante sí á un mancebo sobrenaturalmente hermoso que con el dedo en los labios imponíale silencio, y, tomándole de un brazo, le alzó y con poder maravilloso le obligó á seguirle.

Eran las doce de la noche, la hora prestigiosa de las apariciones, y las calles yacían en el silencio más hondo y en la obscuridad más cerrada; pero el cuerpo del mancebo era brillante como la luz, vago como la niebla, y como nube esplendorosa iba delante de Marcelo y le guiaba.

Sin que ni uno ni otro pareciesen tocar la tierra, llegaron ante la puerta de Matías, el carnicero piadoso, y, como si fueran hechos de aire ó de luz, penetraron en la casa sin abrir puertas ni

subir escaleras, y halláronse en una cerrada y desnuda habitación, donde Matías, más pálido que la vela que le alumbraba, contaba y recontaba sobre una mesa, mirándolo con encandilados ojos y acariciándolo con voluptuosa fruición, el oro que guardaba de los días de su breve prosperidad. Las pupilas del avaro relucían como brasas, las alas de su nariz dilatábanse al afanoso alentar, y sus labios áridos temblaban, consumiéndose en la voraz fiebre del oro. Entretanto, la puerta, cerrada con dobles cerrojos y llaves, retemblaba al duro golpear de dos manos sacudidas por la desesperación, y la voz acongojada de una mujer, de la mujer de Matías, ronca de ira y de llanto, pedía al padre sin entrañas una moneda, una sola de aquellas monedas de oro, para acudir al remedio de un hijo moribundo. Pero el avaro no contestaba, extático en el delirio de su absorbente pasión. ¡Antes hubiera vendido el alma al Demonio que tocar á una sola de aquellas para él sacrosantas monedas!

Marcelo, á quien los lamentos de la mujer y los sollozos de varios niños que vagamente se oían llenaban de indignación, estuvo á punto de lanzarse sobre el avariento hipócrita y arrancarle su oro para derramarlo entre los suyos; pero el misterioso mancebo le contuvo, miróle con mirada que penetró su conciencia, le hizo avergonzarse de la injusticia con que había osado reconvenir á Dios de la ruina de aquel infame, y, tomándole de la mano, obligóle á salir.

Y del mismo modo milagroso que en casa de

Matías el bueno, penetraron en casa de Santiago el malo. Aplicó Marcelo el oído, creyendo oír las imprecaciones y blasfemias, nuncios de la presencia del feroz Santiago. ¡Y cuál no sería su asombro al ver que esta vez los rugidos y maldiciones no salían de sus labios, sino de los de un anciano tullido y atacado de raptos de locura ó delirio senil, de quien el terrible hombretón dejábase morder y arañar sin defenderse; y llevándole amoroso en los brazos, con cuidados como de madre, le depositaba en su propio lecho mientras vestía de limpias sábanas el del enfermo, y trasladándole de nuevo á él, le arropaba y besaba como arropan y besan las madres á sus niños!

La furiosa exaltación del anciano derritióse, como solía, en un acceso de ternura, y bañando de lágrimas las peludas manos del mocetón, decía sollozando:

—¡Hijo de mi alma! Por grandes que sean tus pecados, el Señor te los perdonará, en gracia del amor y mansedumbre con que tratas á tu padre.

El guía luminoso miró intensamente á Marcelo, que tornó á bajar los ojos avergonzado y confundido.

Y otra vez como traspuestos y arrebatados alejáronse los dos, y se encontraron de nuevo envueltos en la noche, donde como rayo auroral fulguraba el cuerpo del desconocido guía.

V

En una altura que parecía roca de nubes circundada de tinieblas detuviéronse. Extendió el mancebo la mano luminosa, y las nieblas resplandecieron como gasas argentíferas, y á través de ellas vió Marcelo un bosque maravilloso que, surgiendo de la tierra, sumía la raigambre en abismos flamígeros y alzaba sus floridos resalvos hasta las alturas del cielo. El guía misterioso abrió entonces su boca de luz y dijo:

—Ese bosque espesísimo de retorcido ramaje y profundas raíces, formado está por las acciones de los hombres; el Señor, que os otorgó *libre albedrío*, déjalas brotar y extenderse á su talante; y puesto el árbol á crecer y dilatarse, ¡quién sabe hasta dónde ascenderán sus ramas y hasta dónde se hundirán sus raíces! El Señor lo deja retoñecer y propagarse...; pero á veces ordena su misericordia que le sean podados algunos brotes nuevos, ó manda descepar á cercén las ramas sanas para que no se corrompan; ó ya su justicia abrasa con el rayo al tronco podrido para que no contamine al bosque. El segundo de esos casos ha sido el de los hijos de la viuda Juana. Dios, que ve desde su germen el proceso de las acciones humanas, veía que á esos buenos hijos preparábales el mundo riesgos de perdición

eterna, y, compadecido de la inocencia de los mancebos y de la acendrada virtud de la madre, mandó trasplantar aquellos tiernos arbustos á los jardines celestiales. Al hijo malvado de la viuda, el Señor, en su misericordia, quiere salvarle por los méritos y plegarias maternos, y le prepara pruebas terribles para acrisolarle como se acrisolan los metales: con el fuego. En cuanto á Juana, la humilde, la resignada, la piadosa..., ¡mira!

Dijo el ángel del Señor, que tal era el guía prodigioso. Y se desgarraron las nieblas que los rodeaban, abrióse la profundidad azul del firmamento, y los asombrados ojos de Marcelo vieron un coro esplendoroso de ángeles que, cortando azucenas, rosas y lirios de los vergeles eternos, y mezclándolos con estrellas y rayos de aurora, tejían para la misera mendiga una corona de bienaventuranza.

Y la voz del ángel, que antes sonaba como flauta melodiosa, gritó de improviso con el alto vibrar de los clarines:

—Marcelo, hijo de la tierra; tú que osaste levantar tus ojos de gusano hasta los secretos inaccesibles del Señor, sabe que el Señor, en su divina justicia, alzaba su rayo para pulverizarte; pero, compadecido de tu sencillez y caridad, ha querido hacer contigo lo que jamás hizo con hombre nacido de mujer: mostrarte los arcanos de su voluntad para que nunca más oses interrogarlos con tu miserable razón humana; porque, sábelo y predícalo á tus hermanos: *los altos juicios de Dios son inescrutables.*



EL NENE EQUIS

I

Doña Enriqueta de Haro, señora navarra, viuda desde la juventud, y desde antes de su viudez avecindada en Sevilla, no tenía parientes ni habientes, ni, por tanto, obligaciones ni cariños ni lazos que la ataran á nada ni á nadie. Libre, sola y perpetuamente joven, merced á la doble salud y lozanía del cuerpo y del alma, resolvió compartir su vida entre la oración y la caridad, y adoptar por familia á todos los desvalidos; así, pertenecía á cuantas Hermandades devotas y Asociaciones benéficas había en Sevilla.

Pero, entre todos aquellos misericordiosos institutos, merecía la predilección de la bendita señora el de la Inclusa, ó de la *Cuna*, como allí se dice.

Sin duda porque de continuo resonaban en su corazón las suaves palabras del Maestro: *Dejad*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

que los niños se acerquen á *Mí*, y acaso también porque, como toda mujer tiene mucho de madre, la piadosa dama, que no logró sucesión de su breve matrimonio, al cifrar en los desventurados sus amores, prefería de entre ellos á esos tiernos seres á quienes el crimen ó el egoísmo desampara, privándolos desde el primer vagido del calor y de los besos maternales, más necesarios al lento desarrollo de la maravillosa planta humana donde florece un alma, que el vivo sol de primavera á la germinación de las plantas de la tierra.

Y como eran tan grandes el celo y amor con que la ejemplar viuda cuidaba por sí misma de la lactancia de los niños, ya dentro de la Cuna, ya en casa de sus respectivas nodrizas, y como no todas las señoras de la Junta se hallaban tan libres de familia y obligaciones como doña Enriqueta, poco á poco fué ésta asumiendo los cargos y atribuciones de todas, y acabó por ser el alma y el *factotum* de la casa, *la madre de los expósitos*, como la llamaban en Sevilla.

II

La mañana del 12 de octubre de 1874 sonó la campana, giró el torno de la Inclusa, y la hermana encargada de él recogió de la dura tabla á

un nuevo huésped, á un nuevo hijo ignoto que entraba en la vida sin nombre y sin amores.

Un simple movimiento, el que una mano, sin duda mercenaria, imprimió al torno, que rechinó al girar como doliéndose de consumir tal desventura, aquel solo movimiento bastó á lanzar al inconsciente recién nacido desde los brazos de una madre al montón informe de los anónimos, de los desclasificados, á quienes engendra la culpa y abandona el desamor.

—¡Benditas sean las obras de Dios, hermana Dolores; no he visto criatura más hermosa!—exclamó la tornera, delicada joven de apenas veinte años, ofreciendo el pequeñuelo á la piadosa admiración de una religiosa ancianita, que se deshizo en elogios y compasivas lamentaciones.

En efecto; la criatura que ambas contemplaban era un verdadero milagro de esa indecisa belleza crepuscular y mórbida, propia del capullo cerrado y del niño no bien despierto á la luz.

Pero no era aquél un ser tan embrionario y abocetado como casi todos los que en el torno dejaban; no era ya la masa amorfa que yace aplanaada é inerte en el dintel de la vida, sin que parezca saber por dónde empezará á moverse y á usar de todo aquel organismo nuevo que se ignora á sí mismo y se resiste á ser manejado por los demás.

No era tampoco el pedazo de carne anónima marcado con los estigmas hereditarios del vicio y de la miseria.

El nuevo acogido tenía ya algunos días; la

existencia había trazado algunos rasgos de cincel en aquel mármol rosado y palpitante, y sus ojitos parecían aprender á mirar, sus manecitas empezaban á tenderse en busca de algo querido, sus miembros semejaban desprenderse de invisibles ligaduras; comenzaba á perder la rigidez de cosa, y al desentumecerse blandamente, como quien despierta, al estrenar con vaga sorpresa la vida, sus labiecitos esbozaban algo que fluctuaba entre puchero y sonrisa. ¿Debía reír ó llorar el inocente al sentirse vivir?

Algo semejante hubieron de preguntarse las religiosas, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Mire, hermana—decía la tornera—; si parece el niño que lleva en los brazos nuestro padre San Vicente! ¡Mire, mire qué carnecitas de nácar, qué camisilla tan fina y llena de encajes, como la del Niño Jesús que ponemos por Navidad! Pero ¡qué cosa tan particular!... ¡Pues no tiene bordada en todos los pañalitos una equis!

—Esa será señal que trae para reconocerle en su día.

Llevaba también el nene al cuello una medalla de oro, que lucía, grabada en el anverso, la imagen de la Virgen del Pilar, y en el reverso una X y la fecha: *1.º de octubre de 1874*. La del nacimiento, sin duda.

Todas aquellas exquisitas minucias, así como el fuerte aroma de *iris* que se exhalaba de las ricas envolturas, declaraban la elevada procedencia del expósito.

Así por el día en que fué entregado, como por la medalla que llevaba, acordaron las madres bautizarle con el nombre de Mariano del Pilar, y que en lo sucesivo se le apellidase con el nombre de la letra que sus padres le daban por expresivo lema, ya que su existencia era una verdadera equis, una incógnita.

Cuando doña Enriqueta conoció á su nuevo hijo de adopción, le llenó de besos, ternezas y bendiciones, y después de apadrinarle en la pila, llevóla ella misma á criar á casa de una buena mujer, esposa de un carpintero, de la cual tenía la Junta las mejores referencias.

III

Frasquito, el carpintero, Reyes, su mujer—la elegida para nodriza del nene Equis—, amén de los seis retoños con que Dios había bendecido á la dichosa pareja, eran todos tales y tan simpáticos, interesantes y típicos, que requerirían para ser descritos un libro entero. A falta de espacio, habré de retratarlos en abreviados bocetos de trazos recogidos y escasos colores, porque en mi paleta no los hay tan vivos y jugosos como ellos los pedían.

Apunte de Frasquito.—Treinta años, cuerpo pequeño y enjuto, cejas hirsutas, y bajo ellas,

grandes ojos garzos con irisaciones azulinas; barba castaña con reflejos cobrizos, condición indómita, palabras aspérrimas, corazón blandísimo; opinión *republicana neta*, si bien el buen hombre ignoraba qué cosa fuese república, y no sabía definir de ella sino el apellido de *Federal*, que hartó se le alcanzaba á él que derechamente procedía de don Federico Rubio (histórico), del cual era fama que había sido *el padre de la República en Sevilla*.

Ajorrar unas motas pa vasiá unas cañas ó pa vé matá á Frascuero ó ar Gordito—sus dos ídolos—, jurar por la República y votar como un carretero, eran los pecados gordos de aquel ogro, que trabajaba día y noche como un negro para su *jembra* y para sus seis cachorros, á quienes vestía, lavaba y arrullaba si era preciso con tanto cariño y ternera como la propia madre.

Apunte de Reyes.—Veinticinco años espléndidos, como florecidos al sol de Sevilla; cara morena, roja y luciente como un membrillo de los sanos de la tierra; ojinegra, peliazabache; metida en carnes, pero ágil y soberanamente *plantá*; boca de corales, y en ella, confundidas de continuo, una sonrisa y una seguidilla eternas.

¿Que aljofifaba la sala? ¿Que hundía los brazos morenos en montes de blanca espuma jabonosa para *escamondar* los pañales de tanto mocoso? ¿Que remendaba la blusa de Frasquito ó amamantaba al rorro?... Pues al compás de toda faena y al son de todo ruido, la seguidilla no se le caía de los labios.

Así, se la oía á toda hora cantar con apartes como éstos:

—Me dieron agua,
¡ole, ole, morena!...

¡Chiquiyo, límpiate eso moco!

Me dieron agua...

¡Condénao, que te va á espampaná!

fría como la nieve...

¡Como me quite un sapato...!

en una talla...

¡Sol der mundo, lusero, ¿por qué yora tú? ¡Ven, ven con tu maresita!

Y para arrullar al mamón, continuaba la seguidilla en otro tono:

—¡Nanita, ea!
¡A la naana, nanita,
naanita, eea!
¡A la cunita, mare,
mamita,
que se menea!

IV

Digno de ser notado fué el recibimiento que en tal casa y de tal familia alcanzó el ahijadito de doña Enriqueta.

Reyes, que había dado á luz pocos días antes el cuarto de los varoncillos—las dos mayores eran niñas—, en vista de lo *arrancao* de los tiempos, de lo poco que ganaba Frasquito y de lo mucho que tragaba *tanta boca*, decidió ayudarse criando un niño de la Cuna, á cuya Junta dirigió solicitud por medio de doña Enriqueta.

Cuando la señora, tomándolo de los brazos de la mujer que lo llevaba, presentó á Reyes el niño, fué de ver el asombro, el entusiasmo y la lluvia de ternezas y de vocablos pintorescos y cálidos como la tierra aquella, con que la buena mujer acogió á la criatura á quien iba á dar su vida y empezaba por regalarle su cariño.

El léxico de las gentes graves y correctas no contiene palabras que den idea siquiera de las cosas que expresa con su inculto, suave y apasionadísimo hablar el amor de las madres sevillanas.

¿Color? ¡Vaya si lo tenían las enérgicas y calientes palabras de la exuberante andaluza! Desde los tonos sepiosos del cieno de alcantarilla que arrojó sobre el nombre de la perra madre que abandonaba á su hijo, hasta los tintes de iris y de aurora que derramó en arrullos de maternal ternura sobre la frente opalina del *inosente lusero*, á quien cubrió de besos que estallaban como explosiones de amor, todos los matices de su riquísimo idioma pasaron atropelladamente por sus labios.

Atraídos por el restallar de los besos y el sugestivo arrullo de las caricias, frescos y desnu-

dos como los chiquillos de Rubens, acudieron los del carpintero, que con el esplendor de sus morbideces, la gracia de sus actitudes y la música de sus risas, chillidos y palmoteos, colmaron el regocijo y animación de aquella hermosa fiesta de la vida.

V

Y sin otras ceremonias ni formalidades, allí se quedó el anónimo, el sinventura, entregado al cariño espontáneo de aquellos infelices, tan indigentes de bienes materiales como ricos de nativa, inculta y fertilísima ternura. Y allí, por virtud de aquella leche pagada y de aquel amor gratuito, acababa una extraña la santa obra de vida que Dios impone á las madres. La del niño, á juzgar por los pañales en que le envolvió, era, sin duda, rica. Pero ¿ingrata?, ¿desgraciada?, ¿culpable? ¡Quién sabe!

Cada día asomaba en el inconsciente abandonado una gracia nueva, y con cada sonante beso aplicado á las tibias carnecitas de leche y sangre, penetrábase el tierno ser, como en transfusión de vida, del amor de la madre fortuita, y entrábasele á ella—según su gráfica expresión—*jasta las'entrañas el almita de su querubín emprestao.*

—¡Porvíchele lo moro!—solía decir Reyes al fiero de su marido—. ¡Cuando pienso que éste é un pajarito sin nío, un güertesito sin dueño, un cachito e gloria escairrá de la grande, y á pique de jundirse mañana al otro en este cochino fangá der mundo..., miá tú, se m'espeasa er corasón!

—¡Pero que toíta habéi ustede de ser iguale laj condená mujere; toítita loca rematá y sin gota e sentío en l'arrastrá moyera! ¿No te basta con la endina jarapá e mocoso que ha echao ar susio mundo, y otavía te da po reblandeserte por el baboso der verraco, que no nos deja probá er sueño? ¡Y mardito si vale la roñosa peseta que te dan por *estuetanarte* criándolo; por el hijo de la muy... pendona, que s'estará echando aire, pa que este par de burro no duerman cudiándolo ar tragón der crío! ¡Mira, Reye, ca palo c'aguante su vela! ¡*Masiao* jasemo con aplacá tanto pecho jambrío y cubrile las pajarera carne á tanta ánima bendita! Conque en cuantito *c'arremates* la *sebaura* der lechonsiyo—¡si no se me pone á mí que sea mañana!—, se lo entriega á la beatona que lo trajo, y... ¡á cogé lo cuarto, que é lo que importa; que con *yoramico* y querere no se engorda en esta perruna vía!

Lo cual no obstaba para que, con los ojos aun encendidos por aquella furia que atropelladamente se le desataba por la boca, dijese á seguida el tremendo revolucionario, asustado de sí mismo al ver llorar á Reyes:

—¡Paese mentira, mujé, que *t'achare* por tan poco! Yo no m'aparto de lo justo. Una cosa é que

me sargan lo chiquillo po la mesma punta e lo pelo, y otra que yo le quite ar cachorro ese lo que é suyo, poque Dió se lo ha dao, y basta. ¿Qué quiés que diga? ¿Que es bonito como unas flore, y más salao que las pesetas?... ¿Que yo *tamié* le tengo lástima, y le quiero y le retequiero como *er que má?*... ¡Porra!; pue, ¡precuerno!, ya está dicho. ¡Y qué! ¿Te pasee á ti que se m'encoge á mí el arma por eso? Pero ¡canasto! Po lo mesmo que tié tanto ánge er condenao der chiquiyo ese..., po lo mesmo hay que plantase y tirase p'atrá y sacudise la mosca, como jiso la güena piesa e su mare. ¿Que ere bonito—esto lo decia mirándolo—, y resalao, y sandunguero, y retepresioso?—comiéndoselo con los ojos—. ¿Y qué? ¿T'he traío yo ar mundo, jinojo? Pue, entonse, ¿á mí que m'importa, ni qué tengo yo que vé con cargas ajena ni con hijos de otro, si con los mío me sobra pa quitame l'arrastraisima vía, rayo?

VI

Y en éstas y en otras escenas del propio arte se pasaron los días, hasta llegar el tan temido por Reyes de la entrega del niño á las señoras de la Junta de la Inclusa; es decir, á doña Enriqueta, que era su representación más genuina. ¡Válgame Dios y qué tempestad de llanto y

de gemidos, de sollozos, de quejas é imprecaciones se levantó en la *sala* de la *señá* Reyes al tiempo de la dolorosa despedida! Aquello era *un juisio*, como decían las vecinas.

¡Y qué chaparrón, qué granizada de besos resonantes, prolongados, lamidos y sorbidos, descargaron sobre el pobre nene Equis las siete bocas de Reyes y sus chiquillos, que se disputaban el tierno cuerpecito como si quisieran devorarlo, como si quisieran comerse las manitas regordetas llenas de hoyuelos, las rosquitas mantecosas de los mórbidos bracitos, los inquietos piececillos de rosa, los rojos mofetitos y la pura flor de vida de la boquita húmeda y desdentada, donde apuntaba como breve semilla blanca el primer hueso de leche!

—¡Gracias que no está Frasquito—sollozaba Reyes hartándose de besar á plena boca y de llorar á todo trapo—; porque si nos ve, nos mata!

Asustado, angustiadito, sofocadísimo el pobre nene por aquella avalancha de asfixiadora ternura, tras de modelar con la boca diminuta unos cuantos pucheros monísimos, rompió á llorar con todos sus robustos bríos, y con tal desconsuelo y congoja, que no parecía sino que el inocente adivinaba su desgracia y se despedía también llorando de aquella familia de amor, que con tanta ventaja substituyó para él á la familia de sangre. ¡Aquello partía el alma!

Y para completar la situación, en tal momento estalló en el patio una descarga cerrada de ternos y maldiciones, y, apartando brutalmente

el grupo de vecinas compasivas que obstruía la puerta de la sala, apareció Frasquito con la blusa al hombro, la espuerta de las herramientas á rastra, la sierra al brazo, la colilla del cigarro pegada al labio, la gorra tirada atrás y la negra pelambre revuelta sobre la frente.

—¡Jorrio de aquí toita la *parva* e curiosona ¡ambria!—gritó ronco de furia—. ¡Mardita sá la primé mujé que mamó leche!... ¡Po no creí que pasaba argo en mi casa!

Y amagando con una tunda de puntapiés y soplamocos á los chiquillos, que se dispersaron llorando,

—¡Dió guarde á usted!—dijo á doña Enriqueta, que le saludó entre ofendida y temerosa.

Y preguntó, tragando trabajosamente saliva:

—Vamo á vé; ¿qué significa to este *terretiemblo*? ¡Si paesía mesmamente que le estaban *escuarando* lo reaño á tó!

—¡Qué quié que sea, hombre; que se yevan á mi niño de mis'entraña!—gimió Reyes, volviendo á soltar el torrente de su llanto.

—¿Que... se... lo ye... van?—articuló torpemente Frasquito, desconcertado por la sorpresa.

Pero, rehaciéndose, continuó:

—Eso ya no lo teníamo tragao... Y á úrtimo e tó..., ¿pa qué lo trajieron? ¿Ni qué tengo yo que vé con er pelón der cunero ese, jinojo?

Y mientras lo decía se le iba contrayendo y anublado la cara, y tornándosele el ceño tan duro y negro que presagiaba tempestad.

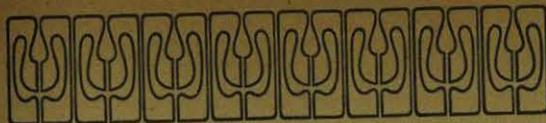
Sobrecogida Reyes ante el amenazador aspecto

de su hombre, entregó temblando el niño á doña Enriqueta, la cual, estirándole cuidadosamente las mantillas, presentábalo ya á la mujer que para llevarlo había traído, cuando el otro mamoncillo—el hermano de leche del expósito—, á quien su madre acababa de recoger del suelo, por donde andaba gateando, consciente ó inconscientemente echó los bracitos al cuello del angelical desheredado, y con tan tierna acción volvió á renovarse el llanto y desconsuelo de todos.

—¡Mardita sá mi estampa! ¡Esto sólo me faltaba!—rugió el terrible demagogo—. ¿Qué jase ahora un hombre, por hombre que sea, vamo á vé? ¿Pa qué yorái, condena, si er que má y er que meno se está *ajogando en jiele negra*? ¡Vaya, que como me *jarte, m'arranco* por derecho y me tiro á fondo! ¿Qué queréi, jato e bestia, que me quée con er crío? ¡Po como si yo *estuviá* queriendo otra cosa, carriso! ¡Echelo usté acá, señora, que é má bonito que er *Niño perdido* de la proesión der Corpu! Y dígame á las marquesa de la Junta que yo lo *prodió* (prohijo). Y quié *ist* que si había e tené sei *renegao tragone...*, tendré siete; y si había e trabajá e día, trabajaré *tamié* de noche; y en iguá de *jumáme* un consumo pitiyo..., me chuparé er deo, ¡porra! ¡Y que se vea si no tengo yo mejó corasón que la República!

Y el espantable sectario rompió á llorar como un chiquillo.

Culpable, ingrata ó desgraciada, ¿qué hubiera sentido ante aquella escena la desconocida madre del nene Equis?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año de 1925 MONTERREY, MEXICO

SIEGA DE ROSAS

Á Antonio de Zayas.

I

Alcalá de Guadaira es un lugar como creado para fruición de poetas y pintores: tiene color y luz andaluces, horizontes de diafanidad acuarelesca y ambiente de geórgica y de leyenda á un tiempo; romántico castillo ruinoso encaramado en un peñascal que ciñe un río de égloga fluyendo entre adelfas y mirtos; peñascal arriba, cuevas de gitanos abiertas en la calcárea como nidos de pájaros rapaces; bajo el castillo, bajo las cuevas, entre la umbría, la boca de averno del túnel por donde entra y sale la locomotora escupiendo lumbres como dragón de conseja. Por las riberas del Guadaira y por todo su valle deleitoso, un paraíso de huertos, naranjales y jardines,